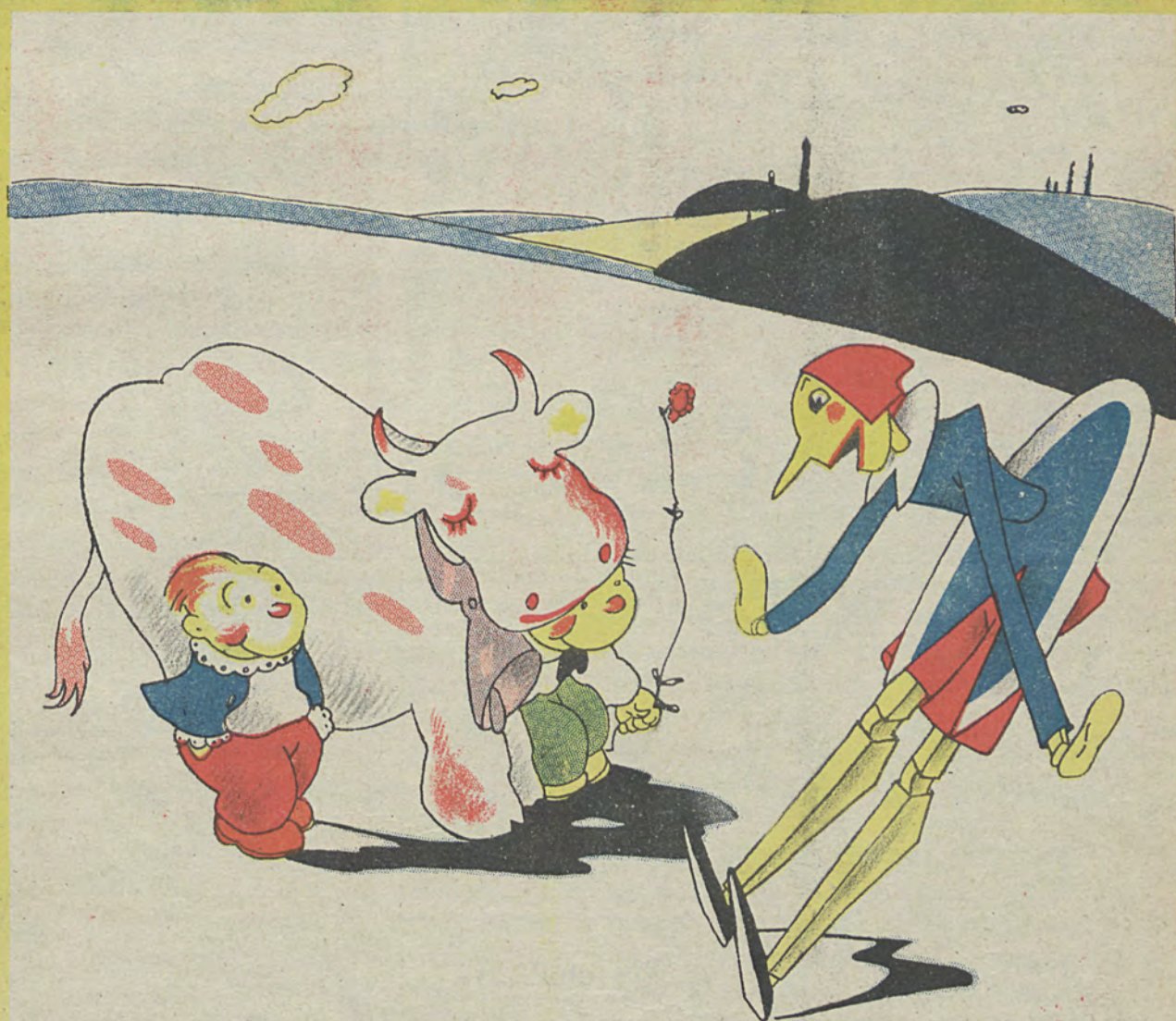


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 299

25 cts

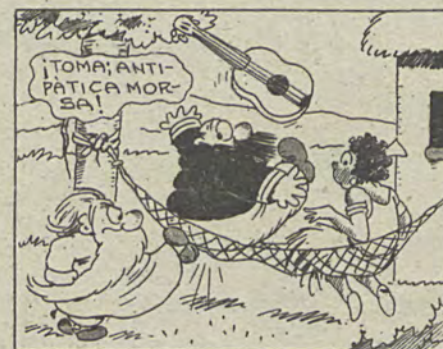
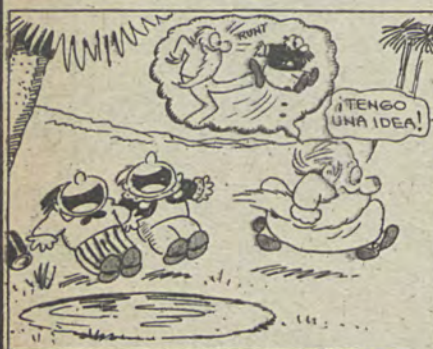
9 NOVIEMBRE
1930



-MIRA, PINOCHO, LE VAMOS A DAR CAFÉ A ESTA VACA.
¿PARA QUÉ?
-PARA QUE NOS DÉ CAFÉ CON LECHE.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por
E. Salgar L.



(Continuación)

Nube Roja se quedó un poco atrás, para hablar libremente con su hija.

—¿Has oído, Minnehaha? — preguntó a la muchacha, montada a la grupa del caballo.

—Sí—contestó la pequeña víbora.

—¡Siempre he dicho que tu madre es demasiado vengativa!

—¿No ha hecho bien en vengar al pobre *Pájaro de la Noche*?

Una sonrisa sardónica se dibujó en los delgados labios del antiguo jefe de los *corvis*.

—Para tu madre, aquel valiente muchacho valía menos que mi pipa. ¡Tú no conoces a tu madre!

—Pero sé que los *sioux* la admiran y la respetan—dijo Minnehaha con cólera.

Nube Roja se volvió hacia su hija. La luna mostró al indio dos ojos de fuego y un semblante contraído por la rabia.

—Tú—dijo—llevas en tus venas la sangre de tu madre; pero creo que un día serás más perversa que ella.

—¡Es que también soy tu hija!—dijo Minnehaha con voz sorda.

—En verdad. Eres hija de *Nube Roja*, ¡y ay del que lo niegue!

Después de algunos momentos de silencio, el indio preguntó a su hija.

—Me has dicho que le mataste; ¿verdad?

—¿A quién?

—Al coronel, o, mejor dicho, al primer esposo de tu madre, o, mejor aún, al padre del *Pájaro de la Noche*.

—Así lo creo.

—¡Mejor! Pero no hablemos de ese rostro pálido. De un modo o de otro, debía morir, porque Jalta le odiaba demasiado para perdonarle.

—¿Y qué hacemos nosotros, ahora que mi madre está en la llanura al frente de los *sioux*?

—¡Mi mujer!—rectificó *Nube Roja* con sonrisa burlona.

—¡Mi madre!—repitió Minnehaha con imperio.

—¡Continúa!—dijo *Nube Roja*.

—Te pregunto lo que haremos nosotros.

—Iremos a buscar a *Mano Izquierda*, el jefe de los *arrapahoes*, y daremos el asalto a la hacienda de San Felipe. ¿No es eso lo que tu madre desea?

—¿Y si dejáramos a los rostros pálidos y saliéramos al encuentro de mi madre? Así podríamos dar el asalto todos juntos.

—Mi mujer puede estar todavía muy lejos, y prefiero buscar a *Mano Izquierda*.

—¿Y si a mí no me pareciera bien así?—

—exclamó la niña, rabiosamente—. Al lado de mi madre me considero más segura que junto a mi padre.

Un relámpago de fuego pasó por los ojos de *Nube Roja*.

Por segunda vez le contradecía su hija, y esta segunda vez experimentó un furor imposible de describir.

—Minnehaha — dijo con voz ronca—, los *coyotes* y los lobos negros corren bajo la hierba, prontos a precipitarse sobre la primera presa viviente que les arrojen. Si no fueses mi hija, a estas horas hubieras sido devorada por esas fieras hambrientas. *Nube Roja* vale tanto como tu madre, aunque lleve en sus venas sangre de *corvis*, una nación que vale tanto como lo *sioux*, que es la tuya. ¡Calla, que lo mando yo! Y, como ves, todos los que nos rodean son enemigos de

tu raza. Si yo les digo que has matado al coronel, no tendrán piedad de ti, aunque seas una niña. ¡Silencio! ¡Nube Roja, tu padre lo quiere!

CAPÍTULO IX

La pradera, ardiendo

Toda la noche, la caravana marchó a través de la pradera con dirección a la Sierra Escalada, no fiándose de detenerse en las frondosas orillas bañadas por el Yampa, afluente del Colorado, por frecuentar los indios aquellos sitios.

En las montañas esperaban escapar mejor, no sólo de los *chayennes*, sino también de los *sioux*, pues en el caso de ser atacados tenían allí más probabilidades de alcanzar la victoria.

Pero el sol sorprendió a la caravana en la pradera.

Las verdes vertientes estaban todavía muy lejos para que los caballos, ya cansados, pudieran alcanzarlas; así es que decidieron acampar en el bosque.

Después de un atento examen, el campamento fué establecido junto a una laguna, en cuyas orillas crecían nenúfares de flores blanquísimas, que podían proveer a los viajeros de agua, así como cactus erizados de espinas.

Los seis furgones fueron dispuestos en cruz y alzados los grandes toldos para dar aire y luz a las mujeres y a los niños.

Los caballos, libres de los jaeces y de los bocados, comenzaron a pacer aquella hierba grasa y succulenta.

Entretanto, los hombres limpiaban de matojos un gran espacio para no provocar cualquier desastroso incendio, y en él preparaban las mujeres el almuerzo, a base de carne de antílope condimentada con grasa de oso, y boniatos fritos.

El sargento, John y Harris hicieron una pequeña excursión hacia el norte, para asegurarse de que en aquella dirección no había *sioux*.

De los *chayennes* no se preocupaban en aquel

momento, ni menos de los *arrapahoes*, que no debían de mostrarse sino por levante los primeros y por poniente los últimos.

—Si los *sioux* han vencido al coronel, no tienen más camino para venir que el de la montaña—había dicho John.

Estaban ya para volver al campamento, cuando Harris, que iba delante de todos, tendió la diestra hacia una línea grisácea que había aparecido entre las hierbas en dirección al Yampa.

—¿Los ves, John?—preguntó.

—¡Una manada de bisontes!—exclamó el *indian-agent*.

—Que huyen hacia el norte, cuando precisamente en esta estación corren siempre hacia el sur—dijo Harris—. ¿No te parece eso, extraño?

El *indian-agent* permaneció silencioso, profundamente alarmado ante la observación del cazador.

No ignoraba que los grandes rumiantes emprenden sus emigraciones dos veces al año: hacia el sur en la estación fría, y hacia el norte durante los grandes calores que resecan las inmensas praderas del Colorado, del Utah y del Arizona.

—Algún poderoso motivo debe de haberles obligado a cambiar de dirección—dijo al fin.

—Han olfateado al hombre rojo, su eterno enemigo—dijo Harris.

—Tenéis razón—dijo el sargento—. En esta estación, el bison no retrocede nunca el camino andado.

—¿Habrán encontrado alguna columna de *chayennes*?

—Es probable, Harris—respondió el *indian-agent*.

Después, volviéndose hacia el sargento, le dijo:

—¿Queréis un consejo?

—Decid.

—Levantad en seguida el campamento.

—Es que los animales están muy cansados.

—Hay que hacer un esfuerzo supremo para llegar a los pozos de Mogallón.

(Continuará en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZON



Los naufragos del Canadá

por E. Salgari

(Continuación)

—¡Son los fuegos de los naufragadores!

—¡Estamos perdidos!

Una voz potente resonó un momento entre aquel estruendo.

—¡Virar en seguida!

La orden era fácil de dar pero difícil de ejecutar pues las olas y el viento nos arrastraban en contra de aquellos escollos.

En aquel mismo momento aquellos miserables que estaban ocultos entre las rocas esperando nuestra pérdida, apagaron los fuegos.

El viento había hecho llegar a sus oídos nuestros gritos y seguros de ver estrellarse nuestro barco, nos quitaron aquellas luces que hubieran podido guiar a las chalupas hacia la costa.

—¿Crees ahora en los naufragadores?—me preguntó Noel en el momento en que nuestros compañeros se apresuraban a ejecutar la maniobra.

Yo no me acuerdo de lo que le contesté. Me parece que en aquel momento me hallaba como loco de espanto.

El abuelo Miccó interrumpió su narración para volver a cargar de tabaco su pipa y humedecer la garganta.

Nosotros, acurrucados junto a la lumbre, estábamos pen-

dientes de lo que decían sus labios y con las miradas fijas en el narrador.

Una viva ansiedad debía leerse en todos nuestros rostros pues el viejo marino satisfecho del efecto producido prosiguió en seguida su historia.

—Abuelo—le dijimos—. ¿Y si te hubieras perdido en los escollos de la isla del Principe Eduardo?

El cabo de cañón encendió su pipa, lanzó unas bocanadas de humo por el espacio y siguió diciendo:

—Os aseguro, muchachos, que nunca he visto a la Muerte tan cerca como aquella noche. Todas las maniobras que intentábamos con la nave resultaban inútiles a causa del ímpetu del viento y de las olas.

Apenas habíamos logrado virar un cuarto cuando oímos el grito:

—¡Escollos a babor!

Estábamos ya rodeados de rocas y los naufragadores nos tenían al alcance de sus manos.

Un marinero lanzó el grito de:

—¡Sálvese el que pueda! ¡El barco está perdido!

De una cuchillada corté un salvavidas que había colgado de la baranda del puente.



Ayuntamiento de Madrid



Apenas me había pasado por el cuerpo aquel anillo de corcho sujetándolo por las axilas de los brazos cuando oí un estruendo espantoso.

El barco se acababa de estrellar contra los escollos. Sin esperar a que las olas irrumpiesen en la toldilla y a que cayesen los árboles me arrojé en seguida al agua.

Entre los mugidos de las ondas oí también los gritos de mis compañeros y las órdenes precipitadas, después... nada.

Las montañas de agua me llevaban como una pluma recogíendome y lanzándome de las crestas espumosas a las profundas simas siempre rodando y tragando agua en abundancia.

Me había resignado a morir; difícil sería que pudiera librarme de que el oleaje me estrellara contra las rocas; me parecía además que las piernas se me caían a pedazos.

Al cabo de un cuarto de hora vi que cerca de mí se agitaba algo que parecía tener forma humana: le llamé con toda la fuerza de mis pulmones y entonces oí la voz de Noel.

—¿Nadas, compañero?—le dije.

—Tengo un salvavidas—, me contestó.

—¿Y nuestros compañeros?

—Me parece que se deben haber ahogado—me contestó.

—¿Y nosotros, nos estrellaremos?

—Déjate llevar por las olas—me respondió—. Sé dónde nos hallamos.

Una montaña de agua nos separó y apuel valiente muchacho desapareció entre la niebla.

Yo, siguiendo su consejo, me dejé llevar por el oleaje sin oponer ninguna resistencia. Finalmente sentí un choque de mi cuerpo con algo y en seguida un agudo dolor.

Parecía como si me hubieran arrancado los brazos y fracturado las piernas.

¿Qué pasó después? Lo ignoro.

Cuando volví en mí comenzaba a amanecer y la niebla parecía que iba disipándose. Me incorporé un poco no sabiendo aún casi si estaba vivo o muerto y entonces ví algo que se arrastraba por entre los escollos.

Creí al principio que fuese un lobo o algún perro pero en seguida reconocí que era un hombre cubierto de pieles vellosas que le daban un aspecto parecido a un oso.

En una mano llevaba un garfio y en la otra una pequeña hacha. Como un relámpago me acordé en aquel momento de los terribles naufragadores.

Aun conservaba en la cintura mi cuchillo. Desenvainarlo y ponerme en pie de un salto a pesar de

mis dolores fué cosa de un momento. El hombre del garfio se detuvo, manteniendo alzada su arma, como dispuesto a golpearme.

Era un viejo de unos sesenta años, grueso y robusto, con una larga barba gris y unos ojillos que parecían los de un gato montés.

—¡Si crees que vas a matarme, bribón, te engañas!—le grité empuñando resueltamente el cuchillo.

Aquel hombre viendo que yo estaba dispuesto a vender cara mi vida cambió de táctica y me dijo con tono humilde:

—Soy un pobre pescador que he acudido para salvar a los marineros y no un *naufragador* como quizá tú sospechas. He visto estrellarse a vuestro barco contra los escollos y esperaba llegar a tiempo para salvaros a alguno de vosotros.

(Continuad.)



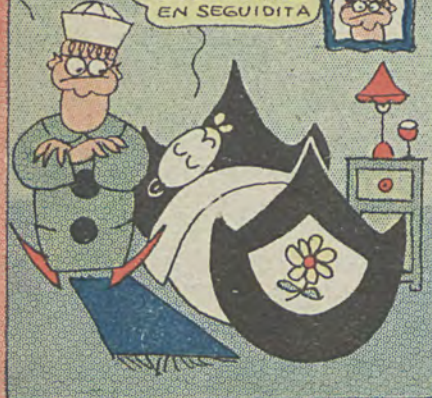


CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



VAMOS, SEÑOR CHUFITA ¿SON ESTAS HORAS DE ESTAR EN LA CAMA?

NO ME RÉGAS, PERICUELITO. ANDA, DESPIERTAME Y ME LEVANTARÉ EN SEGUIDITA



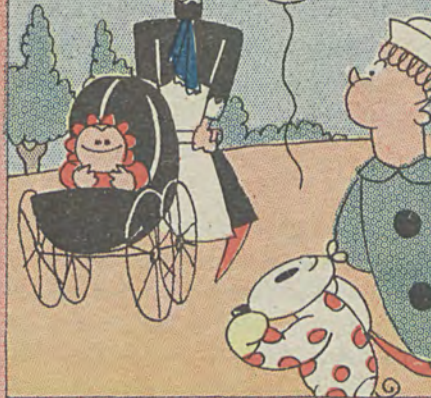
¿VES TU? YA HACE DOS HORAS QUE NOS ESPERAN LOS NIÑOS PARA JUGAR, Y TÚ METIDO EN LA CAMA COMO UN CEPORRO

¿Y ESOS NIÑOS ES QUE NO TIENEN CAMAS EN SUS CASAS?

SI LAS TIENEN PERO NO SON GANDULES COMO TÚ



¿VES, PERICUELIN? A MÍ ME GUSTARÍA SER UN NIÑO COMO ESE QUE TIENE UNA CAMA QUE ANDA



ESOS COCHECITOS SON PARA LOS NIÑOS QUE APENAS SABEN ANDAR

¡EH! SI? PUES TRAEME CORRIENDO UN COCHECITO PORQUE COMO TENGO ESTA MEMORIA NO ME ACUERDO YA NI DE COMO SE DA UN PASO



ESPERA, PUES UN MOMENTO, QUE TE VOY A COMPRAR UN COCHE CAMA DESPIORRANTE



¡QUÉ SIMPATIQUÍSIMO ES PERICUELO! ME VA A TRAER UN COCHECITO QUE VA A SER CANELITA FINA



A ESTE CHUFITA LE VOY A QUITAR LA GANDULERÍA QUE TIENE ENCIMA. YA ESTOY HARTO DE QUE EN UN DOS POR TRES SE ME TUMBE TODO LO LARGO QUE ES EN EL SUELO



ANDA, MONÍN. METE LA CABEZA Y LAS PATITAS POR ESOS AGUJEROS QUE TE VOY A LLEVAR EN COCHE, Y ADEMÁS TE TRAIGO UN BIBERÓN DE LECHE QUE ES COSA RICA

¡ERES BUENÍSIMO, PERICUELO!

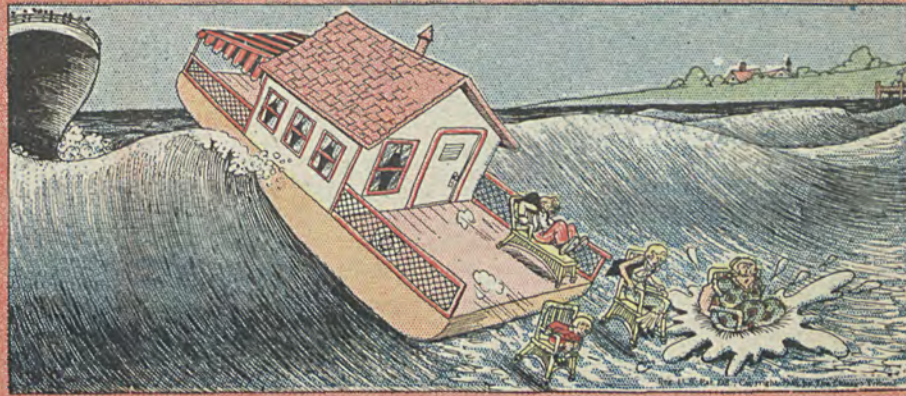
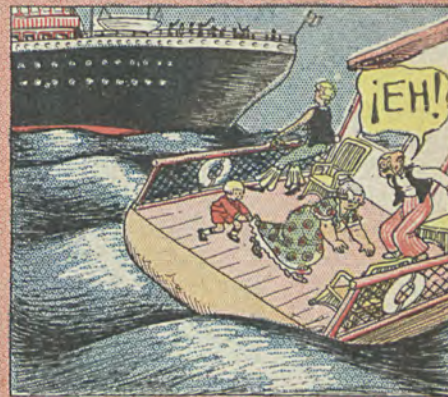
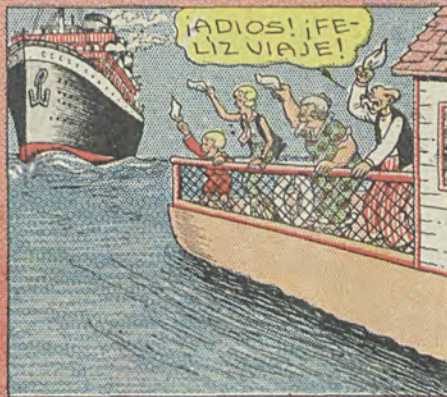
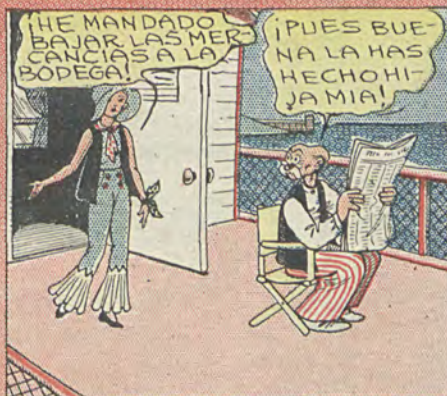


¡ÁNIMO, CHUFITA, QUE YA CASI ES TÚ-YO!





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

VILLENA Y TINTIRINTIN



HABÍA en cierta ocasión un hombre muy sabio, que, deseoso de conservar la vida, comenzó a buscar receta para prolongarla todo lo posible. Por fin, en fuerza de discurrir y devanarse los sesos, creyó haber encontrado lo que buscaba. Con aceite, vinagre y sal, más otras sustancias que él solo conocía, armó una ensalada tremenda y mandó que cuando estuviera a punto de morir le hicieran picadillo y echaran sus pedazos a remojo en aquella misteriosa salsa, guardaran tajadas y caldo en una gran botella y lo dejaran allí por los siglos de los siglos.

Como lo dispuso, así se hizo.

Al cabo de algún tiempo nadie volvió a acordarse de la botella y permaneció olvidada en el rincón de un sótano; pero las sustancias embotelladas hicieron su efecto, y el buen sabio, cuyo nombre era Gervasio, se sintió renacer a la vida por arte de birli-birloque. Pero ¡ay!, al revivir se encontró convertido en rana.

Al pronto no se dió cuenta de su triste situación. Se desperezó como quien acaba de salir de un sueño pesado, bostezó, se incorporó y quiso hablar; pero en vez de palabras sólo salió de su boca un ¡cral! ¡cral! ¡cral! tan fuerte, que a él mismo asustó. Miróse las zancas y las manos, y se quedó aterrado.

—¡Dios mío!—pensó—, ¡la hice buenal! ¿Y adónde voy yo con este disfraz? ¿Quién va a conocer en mí al sabio don Gervasio Tintirintín y Tantarantán, miembro de todas las sociedades y secretario de todas las academias?

Probó a andar, y de un salto se encontró en el suelo del sótano; de otras cuatro zancadas se puso en la puerta de la calle. Por fin logró acercarse al estanque de un jardín, y allí se chapuzó con un placer extraordinario.

Apenas llegó al fondo, fué rodeado por una porción de ranas, jóvenes y viejas, que le saludaron dándole una zancada en la cabeza.

Don Gervasio explicó a los circunstantes lo que le

había pasado, lo cual hizo reír en grande a sus nuevos amigos. El rano mayor lo llamó aparte y le dijo:

—¿Qué sabes hacer?

—Yo sé Física y Química.

—¿Y qué es eso tan raro que sabes?—dijo riéndose el rano.

—Son unas ciencias...

—¿Y qué es eso de ciencias? Vamos, que vuelves a estar loco, y para curarte, ¡toma!

Y le dió una feroz zancada que lo hizo subir a la superficie del agua.

—¡Canastos, y qué bruto es este rano! ¡Pues si le llevo a decir que sé Geografía, Geometría y Medicina...!

Mientras hacía estas reflexiones andaba por el estanque con un desahogo que a él mismo le admiraba.

—¡Cuánto me divertiría—pensaba—si pudiera escribir lo que me está pasando!

De pronto sintió un dolor muy fuerte en la espalda, volvió la cabeza y se encontró de manos a boca con un cisne que le había dado un picotazo.

—¿Por qué me maltratas?—dijo en lengua de rana don Gervasio.

—Porque eres horrible—repuso el cisne—. Húndete en el cieno y déjanos a los guapos la superficie del agua, la luz y la alegría de la Naturaleza.

raleza.

—¡Adiós, hermosos!—exclamó con sorna don Gervasio.

Y se zambulló rápidamente.

Llegó de nuevo al fondo del estanque y allí se le acercó un rano muy cortés, que, llamándole aparte, le dijo:

—Me han contado lo que has dicho, y yo soy el único que puede comprenderte. Yo soy el marqués de Villena, aquel que tuvo la desdichada idea de que lo metieran hecho jigote en una redoma, pensando en alargar su vida, y salí tan rana como me ves, y eso que, cuando hombre, todos me decían: «¡Este no es ranal! Pero, hijo, me equivoqué en la receta, y en vez de poner alcanfor puse espliego en la redoma y perdí





para siempre mi forma humana. Lo mío fué una venganza del hada de Zarrapastrosa, que es más mala que un dolor, e hizo que confundiera el alcanfor con

el espliego.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer, compañero?— preguntó don Gervasio.

—Fastidiarnos, y vamos bien despachados. Digo, no; existe un medio de volver a ser hombres; pero es casi imposible para nosotros. Sería preciso que nos introdujáramos en los oídos de la maga Zarrapastrosa y estuviéramos cantando ¡cral ¡cral ¡cral hasta que nos devolviera nuestra forma primitiva.

—¡Vaya un murgazo que amenaza a doña Zarrapastrosa como caiga por mi bandal!

—La dificultad está en llegar adonde está esa señora.

—Salgamos del estanque y vámonos juntos, que ya daremos con ella.

Salieron, en efecto, los dos amigos, y dando grandes zancadas consiguieron llegar a un bosque vecino, en donde, por un leñador, supieron que el hada vivía no muy lejos de allí; también supieron que era muy difícil entrar en su palacio.

Siguieron la senda que el buen hombre les indicara, y al cabo de dos días de camino avistaron la morada de la maga.

Ocupaba el hada un precioso trono dorado, y a su alrededor había una espléndida corte de ninfas, que rieron con toda su alma al ver entrar a nuestros dos amigos. Zarrapastrosa también se rió de ellos y les permitió que se acercaran. Preguntóles por la salud, y Villena contestó que estaba ronco, y que, como tenían que contarle cosas muy graves, le suplicaban que, poniéndolas en sus manos, las aproximara a sus orejas.

Accedió de buen grado la maga, y en el momento se precipitaron las dos ranas en sus oídos, empezando el más terrible

concierto.

—¡Cril, ¡cril, ¡cril!

—¡Cral, ¡cral, ¡cral!

Tal fué el dúo de tenor y bajo, que la infeliz Zarrapastrosa se revolcaba por el suelo loca de dolor.

—¡Callad, por Dios!—gritaba.

—No hay perdón, ¡cril, ¡cril, ¡cril!

—¿Qué pedís, y dejadme?

—Que nos vuelvas a nuestra forma primitiva, ¡cril, ¡cril, ¡cril!



—¡Por Dios!, volveos hombres de una vez, pero con el cuerpo cambiado.

En el acto Villena y Tintirintín se vieron en forma humana, pero cada uno con el cuerpo del otro.

—¡Ay, qué risa!—decía don Gervasio.

—Amigo Villena, a usted le ha salido el bigote en las orejas.

—Y a usted las cejas en los carrillos.

—¡Qué feo está usted, amigo!

—Más feo está usted.

La corte y el hada se reían a carcajadas viendo la extraña facha de aquellos hombres.

De pronto, a una seña de Zarrapastrosa voló una oreja de don Gervasio y, veloz como el rayo, fué a pegarse en las narices de Villena. Gritó éste, protestó el otro. Tintirintín se agarró a su oreja y quería arrancarla de la cara de su amigo; escandalizó éste, y tan fuerte, que, por último, el hada se compadeció de ellos y les hizo a cada cual que tuviera su propio cuerpo y cabeza, con las cejas, narices y orejas en su

sitio.

Marcháronse muy contentos; pero a poco de salir de palacio, notaron una flojedad extraordinaria, tanta, que dejáronse caer al suelo desfallecidos.

—¿Qué será esto, Dios mío?—preguntó Tintirintín.

—Hambre atrasada. ¿No ve usted, noble amigo, que hemos estado viviendo de cieno, usted un mes y yo trescientos años?

Cuando volvieron, por fin, a la ciudad los ex ranas, comenzó la gente a extrañar su traje raro y ya muchos años pasado de moda; comenzaron a seguirles los curiosos, y unos chicos muy malos la emprendieron a pedradas con ellos.

—Conque ¿qué le parece a usted, amigo Villena?—dijo Tintirintín—; ¿verdad que no vale la pena de vivir tanto tiempo para vivir solo?

—¿Sabe usted lo que le digo? Que por algo Dios ha dispuesto que la gente muera cuando le llegue la hora, y que, si viviéramos siempre, llegaríamos a aburrirnos de la vida.

Los dos amigos se marcharon a un monte en donde había un hermoso monasterio. Presentáronse al prior, y poco tiempo después eran Villena y Tintirintín individuos de la comunidad, siendo ejemplos vivos de santidad y devoción.—FIN.

Ayuntamiento de Madrid





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime curiosísimo Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—De un tema que ha despertado extraordinariamente mi interés. ¿Ves esta tarjeta postal?

—Sí; pero yo no le encuentro absolutamente nada de particular. Sólo veo en ella el retrato de un señor a quien no tengo el gusto de conocer. Por su indumentaria parece un explorador.

—Es un explorador y un gran aventurero, amigo buho. Este retrato me ha costado diez céntimos y lo he recibido de las propias manos del interesado.

—Bien; dime, pues, de quién se trata porque has despertado mi curiosidad. Vamos, habla pronto.

—Este señor es un aventurero que recorre el mundo en un ingenioso aparato de cuatro ruedas movidas a brazo por medio de una combinación de palancas. Lleva además una vela semejante a la de los balandros para aprovechar el impulso del viento cuando este le es favorable. ¿No te parece que es una gran audacia y una temeridad lanzarse a recorrer el mundo en un cacharrito tan frágil? Y además no dispone de otros recursos para atender a su vida que los que va recogiendo de la caridad de sus semejantes.

—Reconozco la temeridad y la audacia, pero el caso no es nuevo. Ya hace bastantes años que este original medio de vivir y de llamar la atención lo vienen practicando bastantes mortales a los que se les designa con el nombre de «globe-trotters».

—¿Qué quiere decir eso, querido buho?

—Pues quiere decir, hombres que ruedan por el mundo. Yo conozco el caso de uno que por su historia es bastante curioso.

—¿Quieres contármelo?

—Con mucho gusto, amigo Chononcito. El caso a que me refiero es el del aventurero Richard E. New norteamericano de nacimiento.

—Siempre ocurren en Norteamérica las cosas más extraordinarias.

—También tienes razón. Todas las cosas extravagantes suceden allí. Y alguna, como la que voy a referirte es, además, muy interesante. Este sujeto que te he nombrado era en un principio aeronauta. Pero de esos aeronautas arriesgados que se lanzan al espacio en un globo lleno de aire caliente sin otra guía que la ventura. Van donde el globo los quiere llevar y caen donde pueden, no donde quieren.

—Algunos se han perdido ¿verdad, buho?

—Algunos no, muchos. Los que perdidos en la noche se internan en el mar, corren el gravísimo riesgo de perecer ahogados. Otros perecen por incendio del aerostato; otros por caídas violentas y otros, en fin, son víctimas de los muchos accidentes que pueden sobrevenir a un globo de esta naturaleza. Pero como el riesgo constituye un espectáculo y una fuente de ingresos, no faltan hombres temerarios que se lanzan a la empresa de exponer su vida para sostenerla. Esto que es en realidad una paradoja, es rigurosamente cierto.

—No tienes que demostrármelo, porque el caso del torero, del mecánico de carreras, del boxeador, y otros muchos, lo atestiguan.

—Pues este aventurero de que te hablo se elevaba en su globo ante una gran multitud, allá en los Estados Unidos, y cuando se hallaba a gran altura practicaba arriesgados ejercicios de acrobacia sobre un sencillo trapecio que era su único sostén. Un día, después de tres años de ejercitar este peligroso oficio, sobrevino la desgracia. A una regular altura se le incendió el globo y envuelto en girones de tela ardiendo cayó vertiginosamente al suelo.

—Se mataría.

—Si se hubiese matado se había acabado ya nuestra charla de hoy, pero afortunadamente no llegó a matarse. Cuando lo retiraron de entre los restos del globo no le quedaba más que un soplo de vida, pero este soplo no llegó a extinguirse y se salvó. ¡Pero a costa de qué sacrificios! Tuvieron que amputarle ambas piernas, cambiarle el hueso de una clavícula por el de un animal y hasta la columna vertebral sufrió fractura por dos sitios distintos.

—¿Y a eso llamas tú salvarse?

—Salvó la vida, que es lo principal. El accidente se produjo en 1914 y el herido no se restableció hasta 1919. Contaba entonces treinta y tres años de edad y no se resignó a la inactividad que su estado le imponía. Se revolvió contra su destino y contando con la ayuda de algunos amigos generosos compró una motocicleta con side-car y le introdujo algunas modificaciones apropiadas a su estado físico, entre ellas la de una palanca que le permitiese desde el asiento del side-car dirigir la motocicleta, y otras palancas para poner en marcha el motor, frenar, etc. Y ya tenemos al señor Richard New en su casa rodante. Con ella se lanzó a la empresa aventurera de hacer largos viajes a través del continente americano. Partió de Nueva

York y fué a San Francisco de California, Chicago, Orleans, etcétera. En dos años y medio hizo un recorrido de ciento setenta mil kilómetros:

—Bonito record ¿verdad, buho?

—Envidiable para todos los globe-trotters que ruedan por el mundo. Este sujeto no tuvo nunca la pretensión de hacer fortuna. Su ambición se limitó exclusivamente a cubrir sus necesidades de vida, lo que logró mediante la venta de tarjetas postales ilustradas con su retrato. (Este retrato es el que ofrezco a los pinochistas ilustrando estas líneas). En el side-car llevaba escrita en inglés una leyenda que traducida al castellano decía así: «Cubro las necesidades de mi vida vendiendo tarjetas postales. Precio; vuestra voluntad». Otra inscripción dice que ha cruzado dos veces el «Gran Desierto americano», lo que no es en realidad una empresa tan fácil como a primera vista parece.



Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi patito
Mary Elisa Sancho



Pinocho
Titi Pérez



Mi botones
M. Elisa Sancho



Escena.—Antonio Páez



Casa de campo
Juan Carrera



Mi primo Jesús
M.ª Luisa G.



Mi primo
M.ª Luisa G.



Lo mejor
de la moda
M.ª Luisa G.



Soldado romano
J. Carandell



Motonave.—Manuel Torralba



Don Turu y Currinche
Mary Elisa Sancho



Recaredo I
O. González



Mi tío
P. Hortelano



Mi prima Margarita
Alicia Marín



Carnaval
Jesús Algarra



Angel de mi guarda
Alberto Rubio



De mi papá.—José González



Mi casa de campo
M.ª Josefa Vilaseca



Pinocho
María Varoan



La casa de Pinocho
Juan Carrera



Antonio Pou



Mi perro
Emilio Arriola



Mi gato Bicot
Teresa Ortiz de la Huerta



En alta mar
Tomás Berdugo



De paseo.—V. Murillo



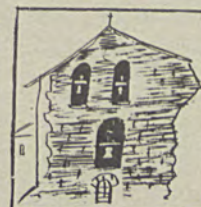
Paisaje.—Carmen Arín



Jesús Orcazarán.—Un león



Mi perro.—Ricardo Fortanet



Casa
José M.ª Pou



Mi reloj
Margarita Díez



Currinche
Andrés Cano



El tío Sisabuto
José Liagostera



Tranvía
Guillermo Virallé



Odette Núñez
La casa de mi abuela



Gibraltar.—Ricardo Sotomayor



El Cap. Polonio
García Ataulfo

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CUATRO PATOS Y EL NIÑO



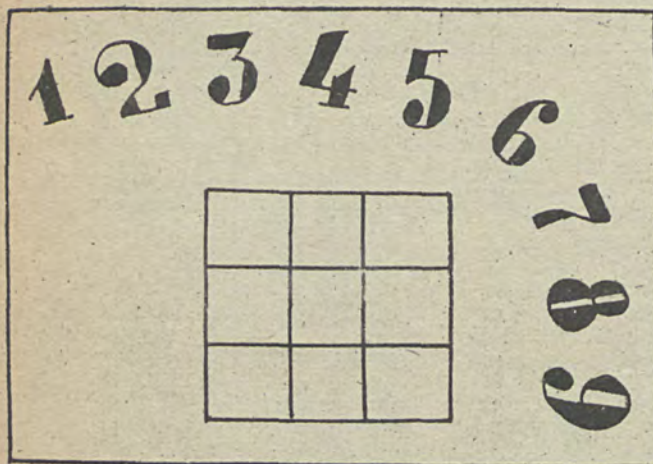
Un niño y cuatro patos iban de paseo el otro día por las afueras de una ciudad de California cuando de repente, se metieron en unas tierras movedizas...

Y se hundieron, entre el lodo, amigos míos...

Afortunadamente no murieron porque acudieron en su ayuda consiguiendo salvarlos.

¿Sabéis dónde están?

LOS NUEVE NÚMEROS



¡Ja, ja!
¿De qué se ríen estos animalitos?

Unid los puntos con líneas, por orden, y lo sabréis.

Hay que distribuir estos números en los cuadros de forma que sumados vertical y horizontal o diagonalmente la suma sea siempre 15.



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE MAYO

EL BURRO Y LA ARDILLA



DIBUJO CON ERRORES.—Núm. 275

- 1.—Al armario le falta una pata.
- 2.—Y un tirador del cajón.
- 3.—Y uno de los barrotes no está unido al espejo.
- 4.—El respaldo de la silla está mal.
- 5.—Y lo mismo le ocurre al listón que une los dos de los costados que a su vez unen las patas.
- 6.—La lámpara está descen-trada.
- 7.—A la señorita le falta una mano.
- 8.—La alfombra no está ter-minada.
- 9.—El galón del vestido está mal.
- 10.—Un zapato no tiene correa.

EL GALLO



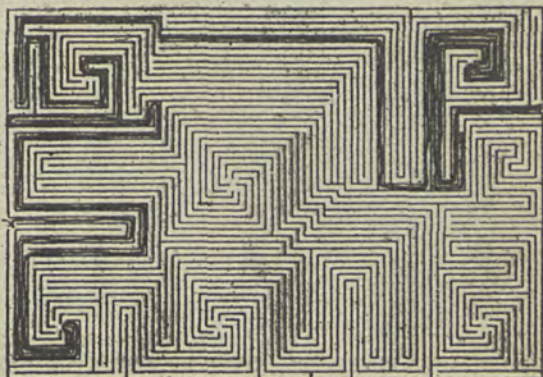
EL AMO



EL LABERINTO DEL BOSQUE



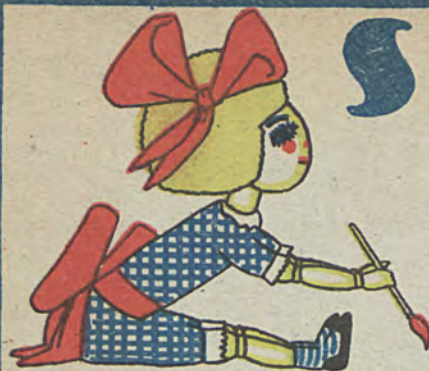
LOS SUBTERRÁNEOS DEL CASTILLO



SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... decoradora

KETTY HA COMPRADO UN CACHARRO SEGOVIANO



Hace poco, Ketty, para estrenar el coche que acababa de comprar su papá, ha hecho una excursión a Segovia. Era día de mercado, y Ketty se detuvo maravillada ante los puestos al aire libre, junto al acueducto, donde unas mujerucas vestidas de negro vendían cacharros, muchos cacharros de barro rojizo, de todas las formas y de todos los tamaños.

Los había chiquititos, botijitos en miniatura que podrían contener escasamente un vaso de agua; y los había enormes, tripudos y achatados, o altos y esbeltos.

Ante uno de estos últimos, Ketty se detuvo y suplicó: «¡Papá, cómprame ese cacharro tan grande!» con la misma dulzura irresistible con que uno de los discos de su gramófono portátil, suspira: «Mamá, cómprame un negro».

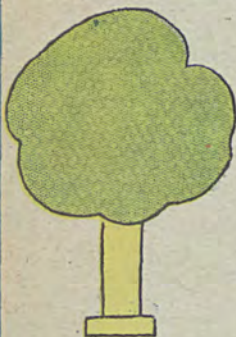
Papá compró el cacharro y Ketty, triunfante y satisfecha, se lo trajo a Madrid.

Y ahora, se pregunta—nos preguntamos todas—qué irá a hacer con su cacharro segoviano.

—Toma, ¡un florero!

Esta exclamación la ha lanzado, como si la oyera, mi Pirulinda Nievitás.

Y en verdad que no es mala la idea. El cacharro, pintado y decorado como todas sabemos hacerlo, podría convertirse en un estupendo florero.



Es demasiado grande para colocarlo encima de una mesa; pero estaría muy bien en el suelo, en un ángulo de la sala, lleno de flores de esas muy anchas y de tallo muy largo, por ejemplo crisantemos o margaritas; también pueden ponerse en él unos cardos traídos del campo, o una rama de manzano en flor.

Ahora, que a mí se me ha ocurrido otra idea, que si no es mejor que la de Nieves, es desde luego, más imprevista.

Y consiste en convertir el cacharro en... paraguero.

En lugar de colocarlo en el salón, se le coloca en el recibidor; en lugar de poner en él flores, se ponen paraguas y ya está.



Con qué satisfacción depositara Ketty en «su» cacharro, «su» precioso y diminuto paraguero de tafetán escocés, a cuadros verdes, amarillos y rojos, cuyo puño curvado parece de caramelo.

Claro que los días de lluvia, no se le ocurrirá dejar en el nuevo paraguero, su paraguas mojado, tal como venga

de la calle; sabe que esto lo estropearía (el paraguas, naturalmente) y siempre tiene la buena precaución de dejar el paraguas abierto, en una habitación de piso de piedra—la cocina o el cuarto de baño—hasta que se seque por completo.

DEL SAQUITO DE PIRULA

EL FLORERO RAJADO

Ketty ha convertido su cacharro segoviano en paraguero y Nieves que ha seguido la primera parte de su ejemplo (es decir que se ha comprado otro cacharro semejante) ha convertido el suyo en florero, tras de pintarlo y decorarlo en colores vivos en los que domina el morado y el naranja.

Pero he aquí que al florero de Nieves, le ha sucedido un terrible accidente: y es que se ha rajado.

Sin duda le ha dado un golpe la muchacha al hacer la limpieza.

Cierto que la grieta es muy tenue y apenas se ve; pero ¡ay! lo grave es que por ella se escapa el agua gota a gota, y estropea la cera del suelo.

¿Habrá que reservar el hermoso florero para plantas secas? ¿O dejarle vacío?

Por suerte hay un medio de evitar el escape del agua; es sencillísimo; consiste en frotar la grieta con una almendra amarga que sea muy aceitosa, abierta por la mitad.



Vaya, el incidente está arreglado ya. No ha tenido para Nieves, ni para nadie las terribles consecuencias que acarreo la rotura de una taza de China, para la pobre Blanca Luz...

Verdad es que aquella taza pertenecía a la horrible bruja Kapocha, y que Zipizape el gato de Blanca Luz...

Pero esto es un cuento, un cuento que os contaré el domingo que viene... si es que de aquí a entonces todavía os gustan los cuentos, que creo que si os seguirán gustando.

